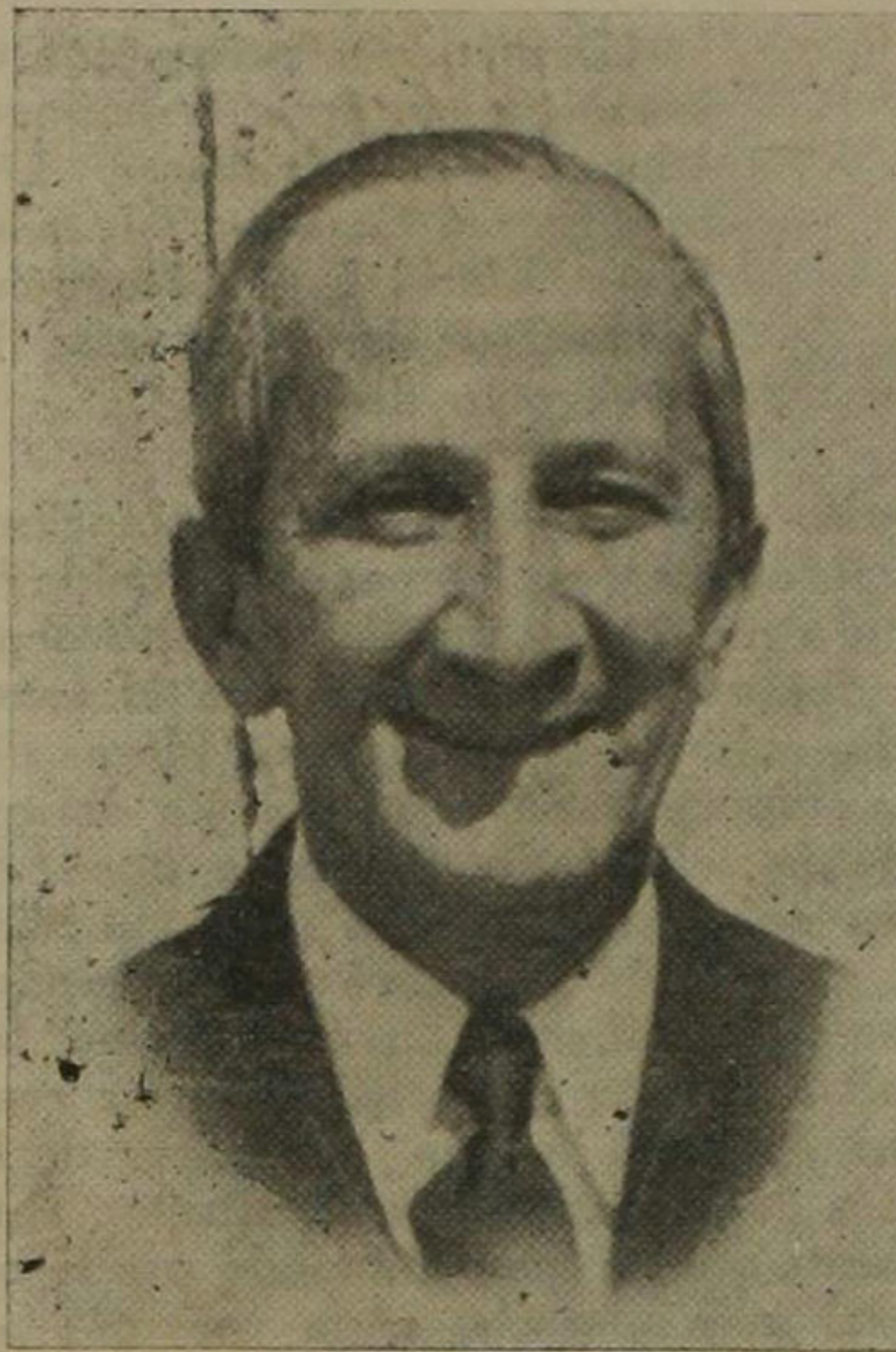


Mi despedida a ANDRES ELOY BLANCO

Colaboración de Diego Córdoba

Venimos a despedirte, Andrés, en la hora de tu patética vuelta a la patria, ahogándose la palabra en las angustias de un pedazo de tu pueblo, de nuestro pueblo venezolano, aquí presente en el último adiós con que también te despide México, el México de los trescientos varones de la libertad y la cultura, el que enamoraste con tu gracia de caballero completo del espíritu y tus excelencias de ciudadano de América, del que hiciste, como José Martí, tu dulce patria de préstamo. Han transcurrido ya más de seis años desde que saliste de la tuya a la pelea de la esperanza, limpio y garboso el corazón, en tu palabra de seda el fuerte lazo de unir pueblos y en la espada del poeta los caminos encendidos de sus sueños patrióticos. Ahora regresas a la tierra de nuestros desconsuelos, peor que Don Quijote en su aventura final: tu pequeño, fino y nervioso cuerpo un haz de huesos y de coágulos, crispados por la tragedia.

¡Qué precoz, larga e infortunada tu odisea de caballero de la esperanza! En nuestra Cumaná, la cuna del Gran Poeta de Ayacucho, porque la espada del Mariscal fué también espada de poesía, te asomabas, cuando niño, a la clara rendija de tu hidala casona de Santa Inés para mirar inquieto la vieja lucha sangrienta de nuestro pueblo por su libertad. En Caracas, de estudiante, entraste briosamente en los primeros combates del civismo y poeta soberano a los 20 años, ungido por la gloria de tu laureado "Canto a España", ya Doctor en Derecho y tribuno de la justicia, te metiste tan hondo en el pecho de la Venezuela buena, que ella misma te hizo su joven soldado, en el deber del ciudadano, en la probidad del hombre de letras, en el agobio por una patria gallarda. Desde entonces trazaste para siempre tu destino: sufrir, soñar, batallar y sufrir por tu pueblo, sin una sola aurora de asueto. Cuando no te maltrataban las lenguas de la incomprensión y el desdén, te herían los cardos del vituperio o te torturaban la ergástula y las cadenas, apretándose contra las hambres de tu alma y de tu cuerpo, pero aún así, entre los valerosos pugidos de tus quebrantos físicos, en la negra cerrazón de



Andrés Eloy Blanco
(1955)

muros que te oprimía, no descansabas. Cantabas. Los ditirambos de tus rebeldías, los ayes de tu angustia, el himno de tu fe en la patria, esencias de tu grandeza de poeta y de hombre, ceñido al pavés de la altísima responsabilidad del venezolano, saltaban de los días sombríos de la prisión a encender las noches en la conciencia de tu pueblo.

Cuando el dictador de los 27 años, sólo fue vencido por la muerte transfigurada en cortesana, tu voz se alzó en las plazas públicas, en la Universidad, en la prensa, reclamando libertad y justicia y resonó por toda Venezuela en tus metáforas de bronce y en tus anatemas contra el despotismo. Hubo un instante de democracia en nuestro país, un oasis de esperanza. Se iluminaron los caminos y se repartió el pan de la patria, sin que tú, el más empeñoso en el milagro, pidieras nada para ti: ni el puesto pingüe, ni la prebenda, ni la recompensa justa. Ni siquiera el derecho

a empujar la puerta de palacio. Por mandato del pueblo, un día se te vió de edil en la Comuna de Caracas defendiendo la autonomía del municipio, con la misma santa pasión democrática de nuestros antiguos patricios, y, más tarde, en la curul de la Cámara de Diputados, conduciendo ahí por el voto indiscutible, predicando decencia, concordia, cultura, pariendo leyes generosas y, como siempre, cantando; cantando, al triste són del cuatro bien templado de tus "Palabreos", las heridas de nuestro pueblo, el que se independizó para independizar pueblos, y al que tú, con humorismo conmovedor, protagonizaste en el Juan Bimba de tu drama de poeta de la política.

Llegó el día en que triunfó tu partido, del que fuiste corazón y escudo, ala de fuego en la tribuna y ala de luz en el consejo, nunca gavilán de la política, sino azorada paloma, porque tu calidad de hombre cabía en la que concibió el gran poeta francés "un punto que vuela con dos alas: el pensamiento y el amor". En tus ímpetus de idealista te remontaste a la galaxia de las más puras concepciones democráticas; te paseabas —ibas y venías— por los Andes y por los Popocatepiles de la fraternidad latinoamericana y desde el limpio espacio de tus aleteos anidabas en un mundo generoso, humano, nuestro, de todos, en que tu canto se desmayaba en amor del grande por la patria grande, se encendía en la llama de la libertad y se deshojaba en rosas de América.

Nunca te ensañaste. Andrés, contra el débil ni contra el ignorante, pero sí contra el pérfido, que eso no era saña sino sanción. Jamás chispa alguna de tu pluma hirió por la espalda, sino de frente, en el duelo formal de las ideas, hermoheado por tu galantería de cumanés a lo Sucre. Ni la calumnia, ni el odio, ni la venganza soplaron sus vientos de furia en tu noble corazón de combatiente. Ni negaste el mérito a tus enemigos. Fuiste siervo de la patria, de la cultura, de la tolerancia y, por sobre todo, de la bondad, la única, la excelsa virtud del hombre que no se extingue en los recuerdos, la que supera a las más grandes glorias del sabio, del artista, del guerrero, de los libertadores de pueblos, de los gobernantes, y se purifica en la belleza del apostolado. Pasaste por las tormentas de nuestra política y por entre los incendios de la demagogia, como un profeta de verdades creadoras de bien, como un sabio pastor de la justicia, como un ángel de la patria, hablador de donosuras. Así fuiste desde la Presidencia de la Asamblea Constituyente del 46. Así fuiste en los tempestuosos mitines electorales de tu partido y en tus claros mensajes de político. Así en la solemne Cancillería de nuestro país, en la que brillaste como titular señorero, y así también desde el sitial de las Naciones Unidas, en tu carácter de jefe de la delegación de Venezuela en 1948. Yo estaba en París por

"Le envió, don Joaquín, las palabras adoloridas con que despedí a mi mejor amigo, al poeta de mi corazón, el político insubstituible en el amor del pueblo venezolano y por quien yo, sin ser político dejé la carrera diplomática en 1948, para ponerme al lado de él, cuando Gallegos fue desposeído del mando legítimo y Andrés dejó la Cancillería de la República. Esas palabras las pronuncié en el Panteón Español, el día 16 de junio. Iba ese día a trasladarse el cadáver a Caracas y no se pudo porque de pronto llegó contraorden y el triste acontecimiento se aplazó hasta anoche, noche de duelo y angustia para tantos venezolanos que aquí vivimos y no pocos mexicanos y hombres libres de otros pueblos que admiraban y querían a Andrés".

(Fragmento de una carta de don Diego Córdoba, México, D. F., 20 de junio de 1955).

(Concluye en la pág. 58)